



Capítulo 461: Los vampiros empezaron a causar problemas

Habían pasado semanas desde que Vergil entró al bosque y se enfrentó a su "Spider-little," ahora llamado Rize. El tiempo fluía extrañamente en ese dominio, como si la naturaleza siguiera allí su propio ritmo, moldeado más por la sangre y la fuerza que por el orden natural de las cosas. Dentro de ese ambiente denso y oscuro, Virgilio entrenó —o más bien, dio forma— a su creación. Lo refinó como un herrero da forma al acero: con calor, fuerza y propósito. Rize, cada vez más, dejó de ser una criatura y se convirtió en una entidad. Un ser forjado no sólo por la evolución, sino por el deseo brutal de superar a su propio creador.

Pero mientras se forjaba el caos en el bosque, algo más sutil, más oscuro, se desarrollaba en otro rincón del inframundo.



En una sala subterránea, escondida en las raíces del Mundo Demonio, un sonido constante de maquinaria llenaba el aire. Las luces carmesí de los cristales demoníacos proyectan largas sombras sobre las paredes de piedra tallada. En el centro de la sala, sobre un altar circular hecho de huesos y tecnología arcana, parpadeaba una gigantesca proyección holográfica —un mapa del mundo, innumerables puntos rojos brillando en una secuencia alarmante.

Allí, entre los ecos de las máquinas y el murmullo de las sombras, estaba Paimón.

Alta y elegante, sus ojos dorados vagaban por cada punto del holograma con una atención asesina. Llevaba una túnica negra cosida con hilos de malicia y su cabello fluía ligeramente, como si estuviera sumergida en el poder.



Pasó los dedos por encima de las proyecciones, alternando entre pantallas e informes. Cada documento era el mismo, con sólo pequeñas variaciones: incursiones nocturnas, aldeas vacías, cuerpos desangrados, nobles desaparecidos.

"Tontos..." susurró. "¿De verdad creíste que su silencio significaba debilidad?"

Con un delicado movimiento de su mano, Paimon centró la proyección en el mapa. Un nombre pulsado con intensidad oscura:

ALUCARD.

"El rey ha regresado a la junta", dijo, apoyada contra la estructura detrás de ella. "Y como siempre... él no se mantiene firme en sus ceremonias."

Las imágenes cambiaron y ahora muestran registros visuales: vampiros caminando a plena luz de la luna, comiendo humanos y tomando ciudades enteras como propias. Estaban surgiendo nuevos clanes, surgiendo de las cenizas de la caída del Rey Vampiro.

Y todos parecían obedecer a una figura invisible, un líder que aún no se había revelado plenamente... pero cuyo rastro era inconfundible. Alucard había comenzado oficialmente su marcha para convertirse en el Rey que siempre fue.

"Él está reconstruyendo." Paimon chasqueó los dedos e invocó a un demonio mensajero serpantino. "Traer los informes de la Franja de Gaza y Oriente Medio. Y envía un mensaje a los demonios en Abu Dhabi. Necesitamos ojos en el mundo humano, especialmente en Oriente Medio."

El demonio se inclinó y desapareció en las sombras.



Ella guardó silencio por un momento. Se estaba formando un pensamiento... una inquietud.

"Si está actuando ahora... entonces algo va a pasar. Especialmente con estas pistas descuidadas. Interpol debe haber comenzado a enmascararlo para que los humanos no lo noten." Cruzó los brazos y volvió a mirar el mapa. "Algo... Algo grande debe suceder pronto..."

Y fue entonces cuando otro nombre le vino a la cabeza.

Vergil.

Paimon entrecerró los ojos. La conexión era tenue, pero no aleatoria. No fue sólo porque Vergil fuera una anomalía... sino por todos los individuos que potencialmente podrían molestar a Alucard... él era el único que lo haría por deporte.



Caminó hacia un trono de piedra negra en la parte trasera de la habitación, donde flotaban varias carpetas con sellos mágicos. Con un gesto, uno se abrió, revelando el perfil de Kaguya—, el vampiro que Vergil había tomado como su subordinado. Una ex subordinada de Alucard, que actuaba como su mano derecha. Una mujer de sangre pura, pero que había jurado lealtad al caos de Virgilio.

"Si alguien conoce los planes del ex rey..." dijo Paimon, tocando la cara flotante de Rafaeline, "es ella."

Se levantó con un movimiento suave y todo su cuerpo comenzó a emitir un brillo púrpura azulado. Corrientes de magia bailaban a su alrededor. Un círculo de invocación se abrió a sus pies y llamas negras lamieron el suelo.



"Está decidido." Paimon extendió la mano y la imagen tembló. "Necesito saber...qué está pasando." Entonces... Ella desapareció.

...

La luz naranja del anochecer se filtraba a través de las enormes ventanas de cristal de la mansión. Afuera, la ciudad se sofocaba con el calor sofocante del verano californiano, pero por dentro, la atmósfera era diferente. Silencio. Lujo. Pereza.

En medio de un sofá de terciopelo rojo sangre, con un brazo sobre el respaldo y el otro sosteniendo un vaso que había estado vacío de sangre durante horas, estaba sentado Kaguya —el Vampiro de Sangre Pura, antiguo seguidor de Alucard, ahora subordinado nada menos que a Virgilio.



Suspiró con un aburrimiento tan profundo que parecía que quería evaporarse por la ventana.

"Ugh... si pasa otro minuto sin que pase nada, juro que saldré por la ventana solo para sentir algo de emoción," murmuró, agitando el vaso y viendo la única gota goteando por el vaso.

Al otro lado de la habitación, Iridia, la criada personal de Virgilio, apareció con una bandeja flotante, con los ojos dorados entrecerrados en una mezcla de desprecio e impaciencia. Su uniforme era impecable, como siempre, y sus pasos no emitían ningún sonido, ni siquiera en el mármol pulido.

"¿Sigues ahí? ¿Como si fueras un... invitado?" Iridia se detuvo junto al sofá, sin siquiera mirar directamente a Kaguya. "¿No deberías estar trabajando?"



Kaguya no se movió, sólo puso los ojos en blanco. "Estoy esperando. Mis subordinados están terminando su recorrido por Santa Mónica. Allí hay más presencia de vampiros que clubes de striptease y tiendas de jugos desintoxicantes. Y, francamente, si voy en persona, será una masacre innecesaria."

Iridia arqueó una ceja. "¿Innecesario? ¿Desde cuándo te importa eso?"

Kaguya soltó una risa breve, casi elegante. "Ya que al jefe le gusta el orden. Y como él—" ella hizo un gesto teatral hacia el retrato de Virgilio en la pared, "me asignó atrapar a todos los vampiros de Los Ángeles."

] Extendió las piernas, todavía con sus tacones de batalla, y cruzó perezosamente los tobillos. Llevaba una túnica de seda negra que apenas ocultaba su naturaleza depredadora. Parecía más una emperatriz de permiso que un vampiro en alerta.

Iridia resopló. "Consigue un trabajo, puta vampiro."

Kaguya arqueó una ceja, como si acabaran de felicitarla. "Vampiro, puta y sobre todo eficiente. Por eso estoy aquí y seguís sirviendo bandejas." Remolcó su vaso vacío con desdén y elegancia y lo extendió sin mirar. "Más sangre, querida. Algo vintage, si es posible. Ningún adolescente sigue una dieta de comida rápida."

Iridia no se movió. Sus ojos dorados brillaban peligrosamente. Por un breve instante, la bandeja flotó más alto, inclinándose precariamente como si vaciara su contenido sobre la cabeza de Kaguya. Pero el vampiro simplemente sonrió, sin apartar la vista del techo. Ella sabía cuánto irritaba a Iridia— y amaba cada segundo.



"El hecho de que Virgilio te haya dado autonomía no significa que puedas convertir esta mansión en un spa gótico", espetó Iridia con una voz tan aguda como un bisturí. "Y si tus vampiros no tienen cuidado, los medios empezarán a notar las desapariciones. ¿Has olvidado que esta ciudad todavía está bajo vigilancia de Interpol?"

Kaguya finalmente se puso de pie. No rápidamente —no había nada apresurado en ella—, sino con fluidez, como si se deslizara. Sus ojos rojos se encontraron con los dorados de Iridia y un tenso silencio descendió por un momento.

"Los Ángeles es ahora territorio del Rey Demonio, querida." Ella habló con calma, pero con un tono gélido. "¿Crees que Interpol puede hacer algo? ¿O tienes miedo de que las cámaras humanas vean demasiado? Bueno, te aseguro... que no verán nada. Porque incluso sus ojos son nuestros ahora."

Iridia mantuvo su postura, pero su mandíbula se apretó ligeramente.

Kaguya dio unos pasos hacia adelante, pasando por Iridia como una sombra perfumada con sangre dulce. Se detuvo ante el gran ventanal y miró hacia la ciudad, mientras la puesta de sol tiñía los rascacielos de un rojo atardecer.

"Espera, nada más importa excepto la soberanía de mi Maestro." Kaguya habló, sus ojos parecían explotar...

"¿Desde cuándo es tan fiel?" Iridia se preguntó.